

Transgresiones de la sensibilidad

Guardar el corazón



para evitar que se rompiera y no tener — o sí, caso de que se hiciese añicos — que desplazarse a la ciudad a cualquier hora del día o de la noche al objeto de adquirir uno nuevo



tan antiguo que la abuela no se percatara de la diferencia si es que se podía solucionar con pegamento o, porque el habla no la perdió nunca, encontrara en su cabeza ésta sí muy perdida las palabras exactas con que los más lúcidos no habían logrado dar por más que dieron vueltas a las suyas para

dejar bien sentado, sin levantar ampollas, con tacto, ante los padres que lo que pasaba era que, bueno, los chicos estaban acostumbrados al pueblo y a la era y, *aquí, a lo mejor, en un piso, pues*, para, en conclusión y con los nervios de la novedad ante el inminente cambio de quincena, terminar por perder los estribos sin mucho fundamento y llegar casi a las manos y demasiado deprisa *porque es que niños como estos, tan incivilizaos, son para que los aguanten sus padres y nadie más* que, después de discutirlo con serenidad y sopesando los pros y los contras, no prosperó porque dijo Noelia la del séptimo que si la ordinaria de la madre de esos tres palurdos iba a ser la Recuero, como de costumbre, ella no estaba dispuesta a pelearse con semejante señoritinga cursi y relamida ni aun en broma.

— Pero, mujer, si va a ser nada más esta tarde; si mañana a esta se le terminan ya las vacaciones y llega, además, Piluca Menéndez...

— ¡Que no! — Noelia.

Y que ella para reñir de mala gana prefería, llegado el caso, renunciar a los tirones de pelo que con tanto gusto le propinaría a la Recuero y pasarse el resto de la tarde sentada en la terraza, haciendo encaje de bolillos o leyendo no sabía si las Rimas de Bécquer o El mundo como voluntad y representación de Schopenhauer.

Orestes